

arquitecto o escultor, que trabajaron los monumentos aborígenes antes de la llegada de los españoles si resucitase hoy? ¿Intentaría trabajar en la misma forma en que lo hacía diez siglos antes? Estoy seguro de que no. Las obras que nos han dejado estos artistas nos los demuestran suficientemente inteligentes para comprender y apreciar el valor del progreso, de las ciencias, las industrias y las artes modernas, para adaptarse a ellas y aun quizás para hacerlas progresar. Pero como ellos fueron eminentemente sinceros y espontáneos, lo haría con su personal sentir, o sea con un sentir de aborígen.

He aquí expresado el único modo cómo puede el arte aborígen influir en el arte contemporáneo. No por la copia del detalle, sea constructivo u ornamental sino por la sensibilidad y espíritu especialísimo del pueblo aborígen. Esto no es un imposible: he visto en México las pinturas de Diego de Rivera que el mundo entero ha contemplado con sorpresa y admiración, sorpresa y admiración que se explican, porque este artista ha sabido expresar por medio de la pintura la especial sensibilidad de su espíritu aborígen.

Hay que tratar de captar esa sensibilidad aborígen informadora del espíritu americano, sensibilidad que desgraciadamente poco conocemos, pero que existe y empapados en ese americanismo trascendente, procuremos abordar y resolver sinceramente los problemas internacionales del momento. Por este camino, estoy seguro de que la América llegará a singularizarse dentro del internacionalismo contemporáneo.—ALFREDO BENAVIDES RODRÍGUEZ.

APRECIACIONES LITERARIAS DEL POETA SOUVIRON

I

LA NUEVA POESIA ESPANOLA. Cuando el joven literato don José María Souviron leyó hace algunas semanas en una de las aulas de la Universidad Católica su conferencia sobre la Nueva Poesía Española, la mayoría del público concurrente experimentó, a no dudarlo, muchas agradables sensaciones.

El conferencista, con su presencia simpática y su dicción clara y armoniosa, del más puro acento castellano, predispuso desde el primer momento en su favor.

Al través de sus expresiones se esbozó una posición espiritual muy adecuada para apreciar con serenidad y justeza los valores poéticos de algunos autores pretéritos y modernos. Y todo exployado en un fraseo nítido y sencillo, no exento de ciertas elegancias de lenguaje.

Nos gustó en grado sumo su elevado y definitivo concepto de la Poesía. Contestes estamos en que se es o no poeta y en que una tirada de versos o una página en prosa puede expandir o no «éter poético», sin consideración a la época en que una u otra fué producida. En arte rige también el «*to be or not to be*» del dramaturgo inglés.

Consecuente con este amplio sentido estético, el poeta Souviron formuló un grato recuerdo para el insigne cuanto discutido lírico Luis de Argote y Góngora. «El gongorismo, nos dijo, considerado por los tratados chirles de literatura como una decadencia, es una de las más altas expresiones a que ha llegado la poesía española». Y en esto nuestro culto visitante tiene plena razón: Góngora fué un verdadero poeta, aunque malogrado en mucho por sus extorsiones conceptistas y sus abusos verbales.

A Gustavo Adolfo Bécquer, el más delicado romántico de España, no se le escatimó en la susodicha conferencia, una expresión laudatoria, a pesar de haberse olvidado la enorme influencia renovadora que ejerció con su prosa y verso el celebérrimo poeta sevillano, en cuanto a la singularidad de su obra imaginativa y al prestigio que supo dar a la estrofa asonante, contribuyendo no poco, a extirpar los excesos del consonante en lo que tenía, al través del siglo XIX, del más vulgar y majadero.

Palabras ecuanímes son las que el señor Souviron dedicó a los poetas nuevos de España, empezando por Manuel y Antonio Machado, ambos de genuina raigambre criolla, trovador del pueblo uno, y cantor de su mundo interior, en mezcla de poesía, leyenda y filosofía, el otro.

A Juan Ramón Jiménez, que empezó a publicar en 1898 y había vaciado ya su inspiración en muchas decenas de libros, brindóle un supremo elogio: lo considera como uno de los más grandes poetas españoles de todos los tiempos, y como uno de los presentes líricos del mundo, con Paul Valery, con Paul Claudel, con Yeats, con Rabindranath Tagore. Admiró en él una «personalidad exquisita y extraordinaria, ansiosa de música verbal y de sentido poético, cuajado de sutilidad y de secreto». En esta cita, ¿quien no reconoce exactamente los rasgos de artista que singularizan a este poeta, anheloso siempre de desentrañar la quinta esencia de las almas y las cosas?

*
* * *

Uno de los pasajes más noticiosos de su disertación, nos la dió nuestro visitante al referirse a los actuales líridas de España.

Apreciemos a los novísimos, aunque sea en rápido desfile.

Ramón de Basterra trasplanta a su país las fuertes y energéticas vibraciones de Walt Whitman.

El granadino Federico García Lorca, genial temperamento de portaguitarra, derrocha su lirismo moruno y resonante.

Jorge Guillén, vallisoletano, y Carlos Salinas, madrileño, ambos profesores de altos estudios literarios, se individualizan por la exactitud geométrica de su expresión y por la limpidez de la forma y contenido de sus poemas. En Guillén hay sugerencia y virilidad unanimista, y en Salinas, expresivismo estético, aunque animados por un sentido dúctil y un dejo en cierto modo romántico.

Espíritu inquieto, multiforme y magnificente es Rafael Alberti, autor de «Marinero en Tierra» y otros libros disímiles, y cultor triunfante del verso alejandrino.

Aun se dió tiempo nuestro distinguido conferencista para hablarnos, en nobles entusiasmos, de los nuevos líricos de España, que se llaman Manuel Altolaguirre, Juan Larrea, Gerardo Diego, Emilio Prados, Luis Cernuda, Vicente Aleixandre, Dámaso Alonso, Antonio Espina, y algunos más cuyos nombres pueden consultarse en el opúsculo en que acaba de publicarse la conferencia del señor Souviron, poeta asimismo, de la última hornada hispanoibérica.

II

POSICION DE RUBEN DARIO EN LA POESIA CASTELLANA

Cuando Bécquer desaparece en 1870, observa Souviron, viene una época sin poetas. Y agrega «Se necesitó la eclosión de un indio vibrante y tropical, de Rubén Darío, para que la poesía española sintiera renovarse la sangre en sus venas, ateridas por ramilletes postizos».

Hay en esta aseveración una doble inexactitud: de un lado se olvida la influencia renovadora de algunos poetas españoles y del otro se apoca visiblemente, la amplia, poderosa y decisiva influencia renovadora que Darío ha ejercido en el lirismo español.

Vamos por partes. Después de Bécquer, el poeta Joaquín María Bartrina publicó en 1876 su libro «Algo», que por su novedosa ideología pesimista y la ductilidad de su estilo, le distanció de sus predecesores con bríos francamente modernizantes. En Bartrina prevalece la intensidad de pensamiento y en la expresión no se subordina exageradamente al consonante ni a la rima consabida: prefiere la composición breve y el verso asonante o la alternación de versos desiguales, lo que comunica a sus composiciones cierta soltura, agilidad y aire de cosa nueva. Todo esto, para el tiempo en que el poeta escribió, significa un avance indiscutible.

Hay otro espíritu revolucionario que se ha preterido: Salvador Rueda, el «mago de la rima», el poeta español colorista por excelencia, que abrevó en la poesía popular y que hacia el año 1892 publicó su obra cumbre *En Tropel*, con un prólogo de Rubén Darío titulado «Pórtico» y escrito en remozados versos endecasílabos dactílicos. Rueda creó en España un lirismo vívido, pleno de vigor, luminosidad y bizarría. Cultivó el soneto dodecasílabo y la sextina de catorce sílabas con consonante agudo en el tercero y sexto versos. Y lo que es mejor, enriqueció el vocabulario poético y ostentó una sintaxis y una prosodia más flexibles.

*
* *

He dicho que Souviron apoca a Darío. Y esta verdad terrible afecta no sólo al joven literato que nos visita, sino también a otros escritores hispánicos. Así, Andrés González Blanco escribió en 1908 un voluminoso libro no tanto para encomiar a Salvador Rueda, como para colocar a Darío en segundo término, después del poeta malagueño, en la grande obra de la renovación de la lírica española. Así, en «Las cien mejores poesías de la lengua castellana» florilegio hecho por don Marcelino Menéndez y Pelayo y ampliado por don Sebastián Carbonell, figura Darío con un simple décima titulada «La Calumnia»...

El señor Souvirón por su parte, dice:

Rubén fué un hostigador, un auriga ceñudo y mal humorado, que con trallazos al aire hizo rodar la vieja diligencia. Porque desgraciadamente (!), trallazos al aire, fueron los poemas de Rubén Darío, que despertaron impulsos, pero no hirieron.

Darío no fué auriga de ninguna diligencia, de ningún rezagado carruaje artístico-literario. Porque esta es una cuestión de esencia poética y no de golpes de más o menos. Por muchos golpes

de tralla que un postillón dé a las mulas es imposible que la diligencia ligerée como un automóvil u otro vehículo moderno. Aquí está, pues, el ánimo de apocar: el señor Souviron confunde la mecánica acción de su modesto y forzado cuanto metafórico auriga, con el vuelo olímpico y avasallador de uno de más geniales líridas, que para orgullo del habla de Castilla, ha producido la raza indohispánica. Este, en suma, es confundir el chasquido con la armonía, el empaque fustigado, con el brío alado y ligero, el espasmo de lo trillado y vulgar con el sorpresivo estremecimiento de lo Nuevo y la primorosa gracia de lo Bello.

Más adelante, el distinguido conferencista, en un chispazo de espíritu justo, reconoce que a Darío le debe España un despertar. Pero en renglones inmediatos afirma que

la obra rubendariana atrae, mejor dicho, atraía, por su novedad y sus trucos maravillosos;

con lo cual se desconoce en forma sistemática, el perenne valor de la obra poética y literaria del mejor lírico latino de este Continente.

Decir que la obra rubendariana ya no atrae, sería lo mismo que afirmar que ya no atrae la poesía de Garcilaso, de Fray Luis de León, de Góngora, de Bécquer, o de Juan Ramón Jiménez. La obra de los verdaderos poetas, como el gran Rubén, atraen y atraerán mientras exista el gusto estético, mientras se tenga de la Poesía precisamente el mismo elevado concepto que con tanta justeza nos definió el señor Souviron al iniciar su interesante conferencia.

Darío vivió en Chile y aun viven muchos de los que en este suelo fueron sus camaradas o amigos. Aquí el nicaragüense, cuando joven, empezó a modernizarse y a transformar su estilo y encontró el nuevo rumbo y la orientación definitiva de su arte único. Por eso nos duelen y producen extrañeza varios de los conceptos en que el señor Souviron se esfuerza en desconocer la obra de Darío en lo que ella tiene de más sólido y duradero: la grande obra de un renovador y amplificador de la técnica de Boscán y Garcilaso, el creador de una prosa más alígera que dió a la frase una mayor flexibilidad y elegancia, y que en su prosa y verso multiplicó o remozó los recursos de forma cada vez que así lo requería el libre vuelo de su estro prodigioso.

* * *

Por fortuna, no todo había de ser pecado de ingratitud. En América, el reconocimiento de la benéfica trascendencia ruben-

dariana es definitiva: por ahí están Rufino Blanco Fombona, Lauxar, José Enrique Rodó, Leopoldo Lugones, Armando Donoso y otros mil, para confirmarlo.

Los escritores españoles modernos que colocan a Darío en la posición que verdaderamente le corresponde en la lírica castellana no escasean. Los catedráticos don Juan Hurtado y don Angel González Palencia declaran, sin ambages, que la inmensa autoridad de Darío y el influjo que ejerciera entre los poetas españoles del siglo XX, contribuyeron a crear el reciente entusiasmo por la poesía de Góngora. En cuanto al poeta Diez-Canedo, en la brillantes conferencias que nos dió a fines del año 1927 en el aula magna de la Universidad del Estado, expresó su reconocimiento entusiástico por las reformas rubendarianas, y entre muchas afirmaciones suyas, gratas y justicieras para Darío, inclúyese ésta:

Sus obras están llenas de la fuerza española tradicional desde que se inicia en Nicaragua, desde que confirma su aprendizaje con las primeras obras de valer en Chile hasta los años de su muerte, los metros tradicionales, todos ellos, se amplían de una manera espléndida.

Al contemplar el gran Rubén desde su Gloria Eterna estas espirituales controversias acerca de las proyecciones de su obra multiforme, tal vez se digne auscultar, y luego, sonreír enigmáticamente.—J U L I O M O L I N A N Ú Ñ E Z.

MADAME CURIE, VISTA DE CERCA

ES la tercera vez que veo de cerca a Madame Curie. La primera fué en El Havre, en 1929, cuando regresó de Estados Unidos trayendo el segundo gramo de radio ofrecido por esta nación a la gran mujer... Nunca olvidaré que como en el mismo transatlántico venía también Pola Negri, la masa ignoró—y aun el mundo oficial—, la presencia de Madame Curie en «L'île de France» y dejaron que la mujer de ciencia tomara inmediatamente el tren a París, mientras la vedette era obligada a recibir canastillos de flores y a hacer declaraciones por la prensa....

Otra vez ví a Madame Curie, hace un año, con ocasión de «La Semana de las Naciones de América» organizada por el Comité France-Amérique de París. El número sobresaliente del programa era una visita al Instituto del Radio y del Cáncer,—situado en la calle Pierre-Curie. Nos recibió ella misma, nos hizo los honores del establecimiento, nos mostró el resultado de